

1. **Leer** – Lea los versos despacio y con devoción, varias veces. Escriba cualquier palabra o frase que haya resonado más en su mente y corazón:

2. **Meditar** – Ahora, comience a reflexionar sobre los versos leídos y pregúntele a Dios qué quiere decirle a través del pasaje bíblico. **¿Señor, que me estás diciendo con esto?**

3. **Reza** – Responde desde tu corazón a lo que Dios te ha estado hablando. **¿Qué es lo que quieres decirme?** Escribe tu oración al Señor o anota lo que sientas te ha hablado.

4. **Contempla** – Quédate en silencio y disfruta de Su Paz y Su Presencia. **¿Cómo esta Dios llamándote a actuar en respuesta a lo que te ha mostrado y enseñado?**

[1] Mateo 28:20

[2] Juan 16:33

[3] Mateo 16:18

[4] Juan 14:6

[5] Escuela; Monkrock New Monastic Community Appendix: La única cosa necesaria; Sección 11

[6] Homilía del Papa Benedicto XVI, Domingo 9 de Septiembre, 2007

[7] Cardinal Seán P. O'Malley, OFM Cap.; Carta Pastoral; El deseo ardiente de Jesús: Nuestra participación en la Misa dominical

Fast.  
Free.  
Faithful.  
Linktoliturgy.com



# ¡Conexión Directa!

¿Qué dice el Evangelio según Lucas 10:38-42 pg. 1

¿Qué dice la Iglesia del pasado y el presente? - pg. 2-3

¿Qué te dice Dios a través de este pasaje? - pg. 4

## Lectura del Evangelio – Lucas 10:38-42 – Misal Romano

En aquel tiempo, entró Jesús en un poblado, y una mujer, llamada Marta, lo recibió en su casa. Ella tenía una hermana, llamada María, la cual se sentó a los pies de Jesús y se puso a escuchar su palabra. Marta, entre tanto, se afanaba en diversos quehaceres, hasta que, acercándose a Jesús, le dijo: “Señor, ¿no te has dado cuenta de que mi hermana me ha dejado sola con todo el quehacer? Dile que me ayude”.

El Señor le respondió: “Marta, Marta, muchas cosas te preocupan y te inquietan, siendo así que una sola es necesaria. María escogió la mejor parte y nadie se la quitará”.

## Lectura Espiritual – Oficio de Lecturas – 16º Domingo del Tiempo Ordinario

Comienza la carta de san Ignacio de Antioquía, obispo y mártir, a los Magnesios

*Es necesario no solo llamarse cristianos, sino serlo en realidad*

Ignacio, por sobrenombre Teóforo, es decir, Portador de Dios, a la Iglesia de Magnesia del Meandro, a la bendecida en la gracia de Dios Padre por Jesucristo, nuestro Salvador: mi saludo en él y mis votos por su más grande alegría en Dios Padre y en Jesucristo. Después de enterarme del orden perfecto de su caridad según Dios, me he determinado, con regocijo mío, a tener en la fe en Jesucristo esta conversación con ustedes. Habiéndose dignado el Señor honrarme con un nombre en extremo glorioso, voy entonando en estas cadenas que llevo por doquier un himno de alabanza a las Iglesias, a las que deseo la unión con la carne y el espíritu de Jesucristo, que es nuestra vida para siempre, una unión en la fe y en la caridad, a la que nada puede preferirse, y la unión con Jesús y con el Padre; en él resistimos y logramos escapar de toda malignidad del príncipe de este mundo, y así alcanzaremos a Dios. Tuve la suerte de verlos a todos ustedes en la persona de Damas, su obispo, digno de Dios, y en la persona de sus dignos presbíteros Baso y Apolonio, así como del diácono Soción, consiervo mío, de cuya compañía ojalá me fuera dado gozar, pues se somete a su obispo como a la gracia de Dios, y al colegio de los presbíteros como a la ley de Jesucristo. Es necesario que no tengan en menos la poca edad de su obispo, sino que, mirando en él el poder de Dios Padre, le tributen toda reverencia. Así he sabido que sus santos presbíteros no menosprecian su juvenil condición; que salta a la vista, sino que, como prudentes en Dios, le son obedientes, o por mejor decir, no a él, sino al Padre de Jesucristo, que es el obispo o supervisor de todos. Así pues, para honor de aquel que nos ha amado es conveniente obedecer sin ningún género de fingimiento; porque no es a este o a aquel obispo que vemos a quien se trataría de engañar, sino que el engaño iría dirigido contra el obispo invisible; es decir, en este caso, ya no es contra un hombre mortal, sino contra Dios, a quien aun lo escondido está patente. Es pues necesario no sólo llamarse cristianos, sino

serlo en realidad; pues hay algunos que reconocen ciertamente al obispo su título de vigilante o supervisor, pero luego lo hacen todo a sus espaldas. Los tales no me parece a mí que tengan buena conciencia, pues no están firmemente reunidos con la grey, conforme al mandamiento. Ahora bien, las cosas están tocando a su término, y se nos proponen juntamente estas dos cosas: la muerte y la vida, y cada uno irá a su propio lugar. Es como si se tratara de dos monedas, una de Dios y otra del mundo, que llevan cada una grabado su propio cuño: los incrédulos el de este mundo, y los que han permanecido fieles por la caridad, el cuño de Dios Padre, grabado por Jesucristo. Y si no estamos dispuestos a morir por él, para imitar su pasión, tampoco tendremos su vida en nosotros.

### **María y Marta: Una cosa necesaria - Lección y Discusión**

**¿Qué promesa hace Jesús a María y Marta?** Jesús le dice a Marta, “La única cosa necesaria”, que es Él mismo, “nadie se la quitará [a María, hermana de Marta]”.

**¿Por qué podemos confiar en Jesús cuando promete algo?** Jesús es Dios y Dios cumple sus promesas. Oramos al final de la Ley de la Fe, “Creo estas y todas las verdades que la Santa Iglesia Católica enseña, porque al revelarlas no se puede engañar ni ser engañado”. Creemos en Jesús, porque él no puede engañar ni ser engañado.

**Da algunos ejemplos de otras promesas que Jesús hace** Jesús dice, “Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de la historia”. [1] Promete a sus apóstoles en la Última Cena, “Ustedes encontrarán la persecución en el mundo. Pero, ánimo, yo he vencido al mundo”. [2] Promete a San Pedro, “Y ahora yo te digo: Tú eres Pedro (o sea Piedra), y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; los poderes de la muerte jamás la podrán vencer”. [3] Cuando Jesús promete algo, sucede. Cuando Jesús dice que la “única cosa necesaria” no se le quitará a María, lo dice en serio.

**¿Cuál es la “única cosa necesaria”?** La “única cosa necesaria” es Jesucristo, el Camino, la Verdad y la Vida”. [4] Al escoger a Jesús, María ha escogido el camino, la verdad y la vida, y el camino, la verdad, y la vida no le serán quitados a ella. “Estemos contentos entonces con lo que Dios nos ha dado - porque sólo ‘una cosa es necesaria’ (Lucas 10:42.) - Y no es la belleza, la salud, el talento, la fama, el poder, o las riquezas. Es la salvación de nuestras almas. Ahí radica la mejor parte, la cual no le será quitada a un alma fiel aunque perdiera todo lo demás”. [5]

**¿Podemos perder la “única cosa necesaria”?** Si tenemos algo en nuestras manos, digamos que dinero, hay tres formas en que puede dejar nuestras manos: En primer lugar, alguien nos lo roba o nos lo quita. En segundo lugar, optamos por regalarlo, gastarlo, etc. En tercer lugar, podríamos perderlo por accidente si somos descuidados. María tiene en su poder la única cosa necesaria, Jesucristo. La primera opción no es posible, debido a que Jesús promete a María que “no le será quitado a ella”. Sin embargo, Jesús no promete a María que ella siempre tendrá la “única cosa necesaria”. Si María llegara a “perder” posesión de Cristo sería por una de dos razones: Primera, deja la “única cosa necesaria” por decisión propia. Segunda, que es descuidada y perezosa y en su mediocridad “pierde” a Cristo. Cuando llegamos a ser descuidados y mediocres en lo de arriba, “perdemos” la “única cosa necesaria”, porque ¿cómo podemos tener a Cristo si rechazamos a Dios como nuestro Padre, no vivimos nuestros votos bautismales, no seguimos la enseñanzas de la fe, no vivimos la vida de Cristo, no esperamos o luchamos por el cielo, no buscamos la actividad del Espíritu Santo en nuestras vidas utilizando así la fuerza que se nos ha dado en la Con-

firmación, y si no nos importa o no podemos recibir a Jesús en la Sagrada Eucaristía? Debemos guardar y proteger la “única cosa necesaria”, como dijo San Agustín, ...que poseemos si no poseemos a Dios. Debemos guardar y proteger la “única cosa necesaria” en nuestra vida entera e incluso estar dispuestos a dar la vida. En otras palabras, debemos estar dispuestos a “renunciar a nuestra vida” en lugar de “renunciar a Cristo”. Debemos estar dispuestos a “renunciar a nuestra vida” en lugar de renunciar a la Eucaristía, o al Espíritu Santo, o a la esperanza, o a la fe, o a nuestros votos bautismales, o a Dios nuestro Padre. Este testimonio nos ha sido dado a nosotros a lo largo de los siglos en la vida de los mártires, de hecho, la palabra mártir significa testigo. En el año 303 dC, los cristianos que vivían en la provincia romana de Abitina, hoy en día Túnez, eligieron la “única cosa necesaria” y no les fue quitada. “*Sine dominico non possumus!*” Sin el don del Señor, sin el Día del Señor no podemos vivir: así respondieron en el año 304 algunos cristianos de Abitina, en la actual Túnez, cuando, sorprendidos en la celebración eucarística dominical, que estaba prohibida, fueron conducidos ante el juez y se les preguntó por qué habían celebrado en domingo la función religiosa cristiana, sabiendo que esto se castigaba con la muerte. ‘*Sine dominico non possumus*’. En la palabra *dominicum/dominico* se encuentran entrelazados indisolublemente dos significados, cuya unidad debemos aprender de nuevo a percibir. Está ante todo el don del Señor. Este don es él mismo, el Resucitado, cuyo contacto y cercanía los cristianos necesitan para ser de verdad cristianos. Sin embargo, no se trata sólo de un contacto espiritual, interno, subjetivo: el encuentro con el Señor se inscribe en el tiempo a través de un día preciso. Y de esta manera se inscribe en nuestra existencia concreta, corpórea y comunitaria, que es temporalidad. Da un centro, un orden interior a nuestro tiempo y, por tanto, a nuestra vida en su conjunto. Para aquellos cristianos la celebración eucarística dominical no era un precepto, sino una necesidad interior. Sin Aquel que sostiene nuestra vida, la vida misma queda vacía. Abandonar o traicionar este centro quitaría a la vida misma su fundamento, su dignidad interior y su belleza. Esa actitud de los cristianos de entonces, ¿tiene importancia también para nosotros, los cristianos de hoy? Sí, es válida también para nosotros, que necesitamos una relación que nos sostenga y dé orientación y contenido a nuestra vida. También nosotros necesitamos el contacto con el Resucitado, que nos sostiene más allá de la muerte. Necesitamos este encuentro que nos reúne, que nos da un espacio de libertad, que nos hace mirar más allá del activismo de la vida diaria hacia el amor creador de Dios, del cual provenimos y hacia el cual vamos en camino”. [6] La centralidad de la presencia real de la Eucaristía, es una realidad expresada heroicamente en todas las épocas por los martirizados, los que asisten devotamente a misa, sin excepción o excusa, y los que tienen hambre y sed de la misa cuando son despojados de ella, como fue el caso en la Polonia comunista durante el tiempo del Beato Juan Pablo II. “En su primera carta del Jueves Santo a los sacerdotes, el Beato Papa Juan Pablo II recordaba emotivamente situaciones de la fe triunfando sobre la persecución de su propia experiencia personal de vivir bajo opresión religiosa: ...a veces pasa que [los fieles] se reúnen en un santuario abandonado, y ponen sobre el altar una estola que tienen guardada, y recitan todas las oraciones de la liturgia eucarística; y luego, en el momento que corresponde a la transubstanciación, viene sobre ellos un silencio profundo, silencio a veces roto por un sollozo... tan ardientemente quieren escuchar las palabras que sólo los labios de un sacerdote pueden pronunciar con eficacia”. [7]